

PALABRAS DE ALEJANDRO SILVA BASCUÑÁN AL RECIBIR LA MEDALLA AL MÉRITO ABATE JUAN IGNACIO MOLINA

Alejandro Silva Bascuñán (*)

Cómo podría no iniciar estas palabras sin dedicarlas a expresar mi vivo y sincero reconocimiento, por la distinción, tan elocuente, con que me favorece la Universidad de Talca. Aunque comprendo que ella responde más que nada a la generosidad del señor Rector y de la institución que la otorga, por eso mismo la recibo con sorpresa y la acepto con mucha emoción; ella eleva mi espíritu al Señor que me ha colmado de sus favores, a mis padres que me transmitieron la vida y el buen ejemplo, y a Alicia Ariztía, que hoy habría celebrado su cumpleaños y, quien con su apoyo generoso y fiel hizo posible y sigue inspirando la realización de todas mis actividades y labores.

Algo que en verdad celebro y me halaga es que percibo la concesión del premio como una acertada comprensión de que Talca está en la raíz de mi personalidad. Un poco como el Abate Molina, yo he tenido también siempre presente a mi tierra natal, aunque no recordándole desde tan lejos ni impedido de visitarla como él. Esta oportunidad no sólo despierta en mí la añoranza del recuerdo, sino que me permite admitir que, en verdad, mi residencia y mi niñez en Talca son origen y explicación de muchas de las convicciones y sentimientos que me han acompañado la vida entera.

Ya mi bisabuelo, don Diego Miguel de la Cruz Antúnez, pugnando, -por favorecer él la Independencia- con su primo Vicente Cruz y Burgos, participaba en el gobierno

(*) Profesor de Derecho Constitucional en las Universidades Católica y de Chile. Medallista abate "Juan Ignacio Molina" de la Universidad de Talca 2002.

local, más adelante mi bisabuelo Bascuñán fue regidor talquino y mi padre, don Marco Antonio Silva Sepúlveda, se desempeñaba como Alcalde de la ciudad, a fines del siglo XIX, en los días mismos en que llevaba al altar a su novia, mi madre, Ludmila Bascuñán Cruz.

Mi mamá fue tan estudiosa que con pena hubo de retirarse del colegio cuando las monjitas le dijeron que no tenían ya nada más que enseñarle. Ella y mis tres hermanas estudiaron en Talca, en el colegio de las religiosas del Sagrado Corazón, en tanto que Marcos, mi hermano mayor, -como el papá antes de pasar al Liceo fiscal,- lo hicieron en el Seminario. No estuve, por cierto, en condiciones, de apreciar el grado de conocimiento del latín que Marcos aprendió en el Seminario, en razón de mi propia ignorancia del idioma, pero, debatiendo con mi hermano problemas jurídicos pude admirar el provecho que de él obtenía para apoyar sus argumentaciones.

Los menores, Sergio y yo, fuimos alumnos del Liceo Blanco Encalada, regentado por los Hermanos de las Escuelas Cristianas. Hace poco tuve la alegría de visitar la capilla y recorrer el amplio patio de juegos, lugares de tantas emociones y alegrías. Me parece estar viendo hoy, en las salas de clase y en los corredores del Blanco, a los alumnos que en mi tiempo pululaban en sus aulas; el cardenal Raúl Silva Henríquez, los después brillantes profesionales, Juan Allamand, Ernesto Prieto, Rodolfo Armas, Rafael Retamal, que llegara a presidir la Corte Suprema, César Garavagno, Manuel y Ruperto Casanueva, Francisco Mercadal y tantos otros ex alumnos que se han destacado en innumerables actividades. Mi memoria está también llena del recuerdo de muchos hechos que ponían de relieve las inmejorables condiciones docentes y humanas de nuestros profesores. ¿Cómo olvidar a los Hermanos Clodoveo, Juventino, Domingo, Justino, Luis, Honorio, Tomás de Aquino?

Los del Blanco rendíamos los exámenes anuales en nuestra sede, pero ante Comisiones oficiales, compuestas por profesores que no eran los nuestros, y en esas duras pruebas incluso los compañeros más empeñosos, obteníamos apenas el mínimo de aprobación. Tales resultados, que no creíamos justos, fortalecían, no obstante, el esfuerzo y la energía del carácter, al paso que nos convertíamos en defensores fervorosos de la libertad de enseñanza en todas sus expresiones.

Nuestro cariño por la ciudad nos llevaba a alabarla y defenderla, al paso que tratábamos de destacarla cuando la comparábamos con otras del país y la colocábamos entonces, por lo menos, en el cuarto lugar. ¿En qué ubicación está hoy? Nos enorgullecía, asimismo, la vida de sus tres diarios: *La Libertad*, *La Mañana* y *El Día*. Uno de ellos *La Libertad* había estado, en época anterior, en manos de mi padre, quien seguía visitándola y me llevaba a la tertulia de sus periodistas para recibir, los primeros, las noticias del país y del mundo.

Alabábamos el origen y la hermosura de la Iglesia Matriz, diseñada, según creo, si vale la tradición oral, por Eiffel, consumida por el terremoto de 1928, antecesora de la actual catedral, en la que dejó la huella de su atrayente personalidad, el Obispo

Manuel Larraín, la intendencia construida en la presidencia de Balmaceda, el Teatro Municipal, el Club Talca, el Mercado, el edificio del Banco Talca, obra de Cruz Montt y, en la cúspide, la Plaza de Armas, escenario de tan importantes episodios del suceder nacional.

El entusiasmo por la vida de la ciudad no nos hacía olvidar que pertenecíamos a una patria cuyo destino nos interesaba e inquietaba profundamente. Guillermo Donoso, amigo leal y culto, nos ha dejado registrado felizmente, en sus interesantes estudios históricos, la intervención de Talca y de su gente en las horas cruciales de 1810, 1818, 1851, 1879 y 1891. Como en la casa familiar en que yo nací -1 Oriente N°813- cabía mucha gente -ella se convirtió accidentalmente en el Liceo de Niñas, al sufrir éste el terremoto de 1928- ideábamos los estudiantes amigos, convertidos en parlamentarios, la celebración de unas agitadas sesiones de la Cámara de Diputados, en las que renunciaban Ministerios como consecuencias de votos de desconfianza o se veían forzados a retirarse los Ministros por mociones de censura; eran los tiempos del gobierno parlamentario. Se planteaban en esas discusiones de adolescentes los problemas que habría de analizar por mi parte más adelante en las clases de Derecho Constitucional y en los estudios sobre esa asignatura.

En estos días en los que nuestro Chile siente, más que nunca, la necesidad de fundir estrechamente la cultura militar con la civil, -hacia lo cual vamos, por fortuna caminando, firmemente- debo reconocer que me siento especialmente inclinado a buscar y apoyar ese objetivo. No puedo olvidar que mi tatarabuelo Juan Rafael Bascuñán y su hijo Francisco Javier, mi bisabuelo, lucharon vigorosamente en el proceso emancipador; que el tío abuelo por quien llevo el nombre, Alejandro Cruz Vergara, encabezó en la guerra del Pacífico el batallón Talca, jugándose especialmente en la batalla de Huamachuco; que dos de mis cuñados y dos de mis sobrinos directos fueron militares y, tres de esos cuatro parientes inmediatos llegaron a ser generales, estando también ya cerca de serlo un sobrino nieto. Me siento aún más llamado a servir convencidamente a esa postura de comprensión cívico militar vivida en mi hogar, cabalmente, porque heredé y sostengo, en todo momento, con profunda convicción, que la nobleza de la vocación militar no debe ser oscurecida por las pasiones que rodean el combate cívico, tan inevitable como necesario, pero en el que las fuerzas armadas no deben intervenir.

Recibo la tradición de un vivo amor patrio. El papá, por ejemplo, nos llevaba en Septiembre al Te Deum en la Iglesia Matriz y luego a saludar a la autoridad en la Intendencia; para él, como para muchos otros de su familia, la manera lógica de encauzar las preocupaciones ciudadanas por los problemas colectivos eran incorporarse y actuar en un partido político, como él lo hizo, con valentía y desinterés y respetando su disciplina; presidente de su colectividad en Talca, actor en primera línea en los procesos electorales fue elector del presidente Errázuriz Echaurren.

He podido apreciar a lo largo de mi vida cómo el centralismo ahoga la vida regional y local, al tiempo que, en la región metropolitana, se sustenta una ciudad

que crece y crece, sin hacer felices a sus propios habitantes e impidiendo, simultáneamente, que lo sean los chilenos que a lo largo del territorio se ven ahogados por el peso de la inmensa urbe. Personalmente de ello he estado siempre tan convencido que fue el tema preciso de la primera colaboración que se me pidió para una revista, que la dirigía Jaime Eyzaguirre, a cuya memoria se ha dedicado en estos días un hermoso libro. Es en la serenidad de una vida de provincia que se prepara gran número de quienes están llamados a sumir las tareas que se proyectan en el plano nacional.

Cuando he visitado las amplias y modernas instalaciones de la Universidad de Talca, al día en los progresos técnicos, y me he informado de la consagración y de la energía con las que sus ejecutivos y docentes, impulsados entusiastamente por el señor Rector realizan sus tareas, pienso que si ello hubiera ocurrido cuando yo tenía quince años, no hubiera sufrido la pena de tener que alejarme de mi familia para comenzar los estudios superiores. Me atrevo a terminar confesando la envidia que por ello siento de los jóvenes talquinos que pueden gozar ahora de la posibilidad de completar su preparación en la misma ciudad natal que no tuvimos los de mi generación.